

La destrucción del Estado y la sociedad en Somalia. Más allá de la convención tribal

Samatar, Abdi I.

Abdi Ismail Samatar: Profesor asistente de Geografía en la Universidad de Minnesota, Minneapolis; profesor asociado de la Universidad de Iowa, Iowa.

Las estructuras de control y equilibrio presentes en la antigua tradición somalí se atrofiaron con la imposición del régimen colonial, el establecimiento del Estado y sus leyes concomitantes, la comercialización de la economía y la generación de excedente, el surgimiento de una nueva clase de somalíes desligados de las labores productivas, la disponibilidad de recursos «comunes» controlados por el régimen y el advenimiento de la política competitiva. De esta forma, fue el ocaso abrupto del papel restrictivo que desempeñaba la economía familiar en los asuntos de la comunidad, al igual que el ascenso de una minoría influyente, con un dominio de la maquinaria del Estado que la «liberaba», de las reglas del Xeer y de los valores del Islam, lo que condujo a la institucionalización de la política sangrienta.

Una de las víctimas de la horrible pesadilla que atenaza a Somalia ha sido la capacidad de pensar histórica y sistemáticamente sobre la naturaleza de este mal, y encontrar maneras prácticas de controlar el presente a fin de construir un futuro más tolerable. Tal como lo explicara Ahmed Samatar: «la comprensión plena de una situación dada [no] es confinante con lo inmediato y lo experimental. Más bien, por lo general todos los elementos visibles de una realidad particular son señales de que podría haber otros factores más discretos en juego»¹. Durante demasiado tiempo aquéllos que se oponían al régimen de Siyad Barre se negaron a mirar más allá de este general y su constelación clientelar para identificar al «enemigo». Su renuencia a ocuparse de cualquier análisis realista y su hostilidad al conocimiento

¹Ahmed I. Samatar: «The Curse of Allah: civic disembowelment and the collapse of the state in Somalia», Conferencia sobre el desafío somalí: paz, recursos y reconstrucción, Ginebra 10-14/7/1992.

crítico sin duda han contribuido a condenar al mismo pueblo que «querían» liberar.

En ningún momento de la historia conocida de Somalia entre un tercio y la mitad de la población murió o estuvo en peligro de muerte debido a la hambruna provocada por la guerra civil². Esta calamidad sobrepasa todas las anteriores, y se le puede llamar con propiedad *Dad Cunkii*, la era del canibalismo. La tragedia espantosa que le ha ocurrido al pueblo somalí, sobre todo en la región sur, es consecuencia del colapso de las instituciones nacionales y del Estado. En esta situación los informes conmovedores de los periodistas internacionales son importantes, sin duda, para alertar a la comunidad internacional sobre la horrible situación de los somalíes, pero no ofrecen una explicación de los orígenes y la naturaleza de la catástrofe.

La ferocidad de este enfrentamiento civil y la magnitud de la destrucción apremian un análisis de qué fue lo que pasó allí y de por qué una sociedad tan aparentemente homogénea se hundió en el infierno. En este breve artículo se cuestiona el reciente uso de la etnicidad, especialmente por parte de los medios de comunicación, para explicar las luchas intra-comunidades en diversas partes del mundo; igualmente se ofrece un resumen y comentario de la literatura académica, tristemente inapropiada, sobre los orígenes y la naturaleza del trágico colapso del Estado y la completa desintegración del orden social en Somalia.

Un grupo de académicos ha enfatizado la importancia fundamental del parentesco para comprender la política contemporánea de Somalia y su tendencia a la fragmentación y la anarquía. Otros, sin embargo, aunque están dispuestos a reconocer la importancia de la cultura para apreciar los rasgos fundamentales de los acontecimientos recientes, sostienen que las interacciones humanas han evolucionado a tal punto que el significado de las relaciones tradicionales es ahora prácticamente irreconocible. De allí la necesidad de desentrañar la dinámica de los procesos políticos y económicos que condicionan la estructura de las relaciones sociales en una comunidad dada y en una coyuntura histórica particular.

La tesis tradicionalista

Los escritores árabes del medievo se referían a los Cushites con el nombre de beréberes o berberiscos. «Y los boréberes que viven en el lugar [el puerto somalí de Berbera] son muy indómitos», escribía en su bitácora un mercader griego alejandrino del siglo I; una descripción de los somalíes tan fidedigna hoy en día como hace

²V. los informes de Jane Perlez en *The New York Times*, desde julio de 1992.

2.000 años, cuando la desafortunada y famélica tripulación del capitán fue atacada violentamente por fieros camelleros somalíes ³. «El pueblo somalí no tiene tradición de compromiso con un gobierno estatal: los somalíes son «tradicionalmente» descentralizados e igualitarios, además, históricamente sus encuentros con la organización estatal han tendido a ser efímeros y predatorios»⁴.

La estirpe intelectual de las explicaciones tradicionalistas de la política somalí en general, y de la catástrofe actual en particular, se remonta a exploradores coloniales tales como Richard Burton, y a muchos de los administradores coloniales que le siguieron ⁵. Pero fue el antropólogo I. M. Lewis quien tendió las bases auténticas de esta tesis en sus obras *A Pastoral Democracy: a study of pastoralism and politics among the northern Somali of the Horn of Africa* (Londres, 1962), y *The Modern History of Somaliland: from nation to state* (New York, 1965). El primero de estos libros, basado en estudios de campo realizados entre 1955 y 1957, tiene para los lectores dos mensajes más bien simples pero contundentes: 1) los somalíes tienen una sociedad altamente igualitaria y de base pastoral, si bien el ganado, que es el más vital recurso económico, no está repartido equitativamente; 2) el principio de organización fundamental del estilo de vida somalí es la segmentación en clanes. Ante la ausencia de estructuras estatales institucionalizadas, y de cualquier tipo de autoridad gubernamental de cobertura nacional, las asociaciones civiles establecidas en base a los clanes y la lealtad a la estirpe propia, son las características definitorias de la política y de la vida social somalíes. Más de tres décadas después, Lewis volvió a poner de relieve este último punto en una edición revisada, actualizada (con relación a 1980) y expandida de *A Modern History of Somalia: nation and state in the horn of Africa* (Boulder/London, 1988): «Con la difusión creciente de la educación occidental, el desarrollo de pueblos modernos y la formación gradual pero inequívoca de nuevas clases sociales, las lealtades al dan están ocupando ahora el lugar que les corresponde como un componente de un conjunto de diversos vínculos políticos. Sin embargo, dentro de ese manejo de lealtades, para la mayoría de la población los lazos de la pertenencia al clan (...) siguen siendo los más penetrantes, los más imperiosos, y por encima de todo los más insidiosos» (pág. 166).

Aunque la investigación de *A Pastoral Democracy* fue hecha durante la fase final de la administración británica en el norte de Somalia, y el libro se publicó después de la descolonización, la descripción que hace Lewis del «pastoralismo» y de la cultura democrática concurrente bien podría haber sido escrita un siglo antes. La imposición de un régimen colonial a sociedades sin Estado, la nueva dinámica de

³Said S. Samatar: «Somalia: a nation in turmoil» en *Minority Rights Report*, Londres, 8/1991, p. 10.

⁴I. M. Lewis: *Segmentary Nationalism and the Challenge of the Somali State*, 5/1992.

⁵Cf. Richard Burton: *First Footsteps in East Africa* (1856), Londres 1966.)

las relaciones sociales y la transformación de la economía de pastoreo son consideradas meras alteraciones cuantitativas en la sociedad somalí, antes que modificaciones fundamentales de la tradición pre-colonial. Evadiendo la naturaleza cualitativa de los cambios experimentados, los tradicionalistas logran evitar un análisis sistemático de cualquier mutación de las estructuras sociales y del ethos dominante que pueda haber ocurrido en el último siglo. De esta forma dicen que los somalíes contemporáneos son demócratas pastorales igualitarios, pero sin aportar ninguna evidencia que lo confirme⁶. Lo asombroso es que quienes postulan la tesis tradicionalista o acuerdan con sus hipótesis no hayan visto la necesidad de actualizar *A Pastoral Democracy* en vista del fenomenal desarrollo de la ganadería y la urbanización, y el surgimiento de núdulos de poder no tradicionales.

Una lectura tan estática de la historia social se traduce en un análisis mecánico, lineal y simplista del cambio social. De allí se infiere que las personas y las comunidades en que ellas viven tienen escasa habilidad para innovar, para aprender de otros, para dedicarse a la autosuperación o a la autodestrucción, y para experimentar una transformación social⁷. Pero con frecuencia la realidad es muy diferente, porque en ningún país los habitantes son incautos que cargan con el lastre de la historia sin tener ninguna capacidad para cambiar el curso futuro de los asuntos humanos. Sólo haciendo esas suposiciones sobre el poder hipnotizante de la tradición somalí pueden escribir así David Laitin y Said Samatar: «Por consiguiente, la genealogía constituye el núcleo del sistema social somalí y es la base tanto de la tendencia colectiva a las fisiones internas y a los mortíferos conflictos fraccionalistas, como de la unidad de pensamiento y acción entre los somalíes - una unidad que linda con la xenofobia -»⁸ Una descripción semejante del proceso social hace caso omiso de los debates críticos de los años 70 y 80 sobre el significado de la estructura y la acción⁹.

La interpretación naíf de la historia social del pueblo somalí prácticamente lleva a los académicos a construir una ecuación con una sola variable. Así por ejemplo, Le-

⁶Said Samatar: op. cit., p. 9; v. también David Laitin y Said Samatar: *Somalia: a nation in search of a state*, Boulder y Londres, 1987, cap. 2.

⁷Un enfoque semejante recuerda la literatura sobre «modernización», que asocia la industrialización y el desarrollo capitalista con Occidente y, particularmente, con la ética protestante. Los proponentes de ese discurso no podían haber anticipado a Asia oriental. Cf. Robert Wade: *Governing the Market: economic theory and the role of government in East Asian industrialization*, Princeton, 1991.

⁸Laitin y Samatar: op. cit., p. 29.

⁹V., por ejemplo, E. P. Thompson: *The Poverty of Theory and Other Essays*, Nueva York, 1978, Anthony Giddens: *Central Problems in Social Theory: action, structure and contradictions in social analysis*, Londres, 1979, y Paul Cloke, Chris Philo y David Sadler: *Approaching Human Geography: an introduction to contemporary debates*, Nueva York, 1991, especialmente el cap. 4.

wis señala la importancia fundamental del tribalismo en la vida social al discutir los esfuerzos antitribales del gobierno a principio de los 70: «Tal como lo expresó el presidente Siyad, la intención era darle a todo el mundo la oportunidad de aprender a leer y a escribir (...) dar a nuestro pueblo una educación moderna, revolucionaria (...) reestructurar su existencia social (...) erradicar la balcanización y fragmentación social en tribus y sectas (...) lograr una unidad absoluta. Mientras a todos los niveles del Estado se promovían activamente esas medidas dirigidas a eliminar las divisiones en clanes y a establecer vínculos perdurables de solidaridad nacional, el Jefe de Estado mismo se apoyaba secretamente en los viejos y tradicionales vínculos de lealtad. De hecho, había construido su círculo de poder con miembros de tres clanes allegados»¹⁰.

Said Samatar agrega que: «Debería ser obvio cuán vulnerable es el sistema a una manipulación externa, por ejemplo por parte de un Jefe de Estado carente de ética como el General Siyad Barre, quien usaba los escasos recursos del Estado para recompensar y castigar colectivamente a clanes enteros. De hecho ese fue el sino de los clanes Isaaq y Majeerteen, que sufrieron persecuciones terribles bajo el régimen de Barre»¹¹.

En consecuencia, los culpables de la actual catástrofe son las combinaciones letales de una cultura divisiva y congénitamente belicosa, para parafrasear a Lewis, con individuos nocivos como Siyad. Esta tesis reitera en lenguaje académico lo que es por lo demás filosofía de masas y de lugar común. La lógica del discurso tradicionalista lleva a la conclusión de que el problema con Somalia es la naturaleza de su cultura, fundamentada en el sistema de clanes, más individuos crueles que demuestran su capacidad de crear disenso en los proyectos de construir una nación moderna. Puesto que el sistema de estirpes ha formado parte de la organización social somalí por siglos, ¿por qué esta sociedad no se dedicó antes al fratricidio nihilista? ¿Acaso en el pasado no hubo individuos con sed de poder? La tesis tradicionalista tiene cinco fallas principales: 1) fusiona el parentesco con el «clanismo» actual; 2) acepta la ideología del clanismo como una realidad, como una explicación suficiente para la tragedia que está ocurriendo, sin sacar a la luz la base social y material de su constitución; 3) otorga demasiado peso al poder causativo del clanismo; 4) trata el parentesco como un fenómeno estático; 5) no examina el pilar fundamental de la estructura social somalí: la familia.

¹⁰ I. M. Lewis: «The Ogaden and the Fragility of Somali Segmentary Nationalism» en *African Affairs* N° 88/353, Londres, 10/1989, p. 574; para un análisis agudamente diferente, v. Leroy Vail (ed.): *The Creation of Tribalism in Southern Africa*, Londres y Berkeley, 1989.

¹¹ Said Samatar: op. cit., p. 13. Es necesario señalar que la destrucción de ganado y de pozos de agua, y el sojuzgamiento de los habitantes del nordeste, fueron dirigidas nada menos que por el general Morgan, un «hijo» de ese suelo.

Para eludir esas deficiencias y la interpretación estrecha de la cultura somalí es necesario preguntarse: ¿qué impedía en el antiguo sistema que los hombres perversos precipitaran a la sociedad en un infierno?

La tesis transformacionista

Una de las principales debilidades del enfoque tradicionalista es la falta de especificidad histórica en el uso de sus conceptos claves, notoriamente el «pastoralismo» y la cultura. Más aún, las definiciones de términos tales como «clanismo», parentesco y tribalismo son vagas y a veces se utilizan indistintamente, sin prestar demasiada atención a su contenido y significado social. En contraste, para la literatura transformacionista la especificidad e historicidad son decisivas. Un ejemplo de las diferencias entre las dos tesis lo ofrece el enfoque tradicionalista del parentesco, y su reinterpretación por parte de un transformacionista. Hace poco Ahmed Samatar indicó el significado pleno del parentesco en el orden social precolonial: «La ideología del parentesco tenía dos elementos principales: los vínculos consanguíneos y el Xeer. El primero era esencialmente un producto de conexiones genealógicas apuntaladas por un sistema patrilineal que se remontaba a un origen o ancestro común real o imaginario; el segundo era la encarnación de la sabiduría popular y el centro de un código de conducta inter/intra generacional, y pan-somalí en su representación más común. El significado combinado de esos dos elementos constituyó el ambiente donde se definía tanto lo público como lo privado. Esta era, pues, la base del parentesco: una ideología proporcionada a las relaciones recíprocas de producción»¹².

Por lo tanto, el parentesco no se reduce a vínculos de sangre y genealogía. En la tradición somalí precolonial se construyó socialmente un conjunto de reglas y normas, conocido como Xeer, para salvaguardar la seguridad y la justicia social dentro de las comunidades somalíes y entre ellas, mientras otros valores se fueron añadiendo a medida que la gente de la región «abrazaba el Islam en el siglo VIII». De allí que cualquier evaluación de la «tradición somalí» tiene que considerar necesariamente la conformación completa de las relaciones comunitarias: a saber, el complejo de Xeer, Islam y los lazos consanguíneos. Los tradicionalistas han separado artificialmente este último factor del resto de la estructura social, asumiendo que en Somalia la base de la organización genealógica no ha cambiado, y que por lo tanto es posible analizarla independientemente de otras relaciones humanas. En consecuencia existía/existe una tradición somalí de lealtad al clan.

¹²Ahmed I. Samatar: «Under Siege: blood, power, and the Somali state» en Asfa Hizkas (ed.): Conflict and Conflict Resolution in the Horn of Africa, Washington DC, 1993, p. 9.

Los teóricos sociales argumentan que en la tradición antigua los vínculos sanguíneos eran parte y fragmento de las relaciones sociales comunitarias, cuyo principal propósito era asegurar la producción de artículos de primera necesidad a nivel pastoril¹³. Este sistema político y económico tenía dos características claves: la familia era la unidad básica de producción y de posesión de ganado, y la producción de ganado era la principal actividad económica. A pesar de que había diferencias en la posesión de ganado entre las familias, en la Somalia comunitaria precolonial no existía una estratificación social en forma de clases propietarias y clases no propietarias.

A falta de estructuras estatales institucionalizadas, y dada la amplia distribución de los medios de subsistencia, ninguna familia o grupo consanguíneo podía reunir suficientes recursos (materiales y de organización) para dominar y explotar a otros. Es en ese sentido que la sociedad somalí precolonial era una sociedad igualitaria. El Xeer era un contrato social elaborado democráticamente (todos los hombres adultos participaban en él) para controlar los conflictos ocasionales entre los individuos y entre las comunidades. Lo que le daba persistencia al Xeer, en ausencia de una maquinaria coercitiva centralizada, era el voluntarismo asociado con la necesidad absoluta de depender y vivir del trabajo y ganado propios, antes que de la explotación de otros. Esta ética - combinada con el Islam - evitaba y contenía las tendencias centrífugas en el sistema de estirpes, y con ello impedía también que los hombres perversos hundieran a la comunidad en una pesadilla. En el lenguaje de la ciencia social realista eso significa que la estirpe no tiene ningún poder causativo inherente, y que sus efectos en las relaciones de la comunidad son contingentes antes que ineludibles¹⁴.

Para encontrar las fuerzas que han causado la destrucción de Somalia debe comenzarse por averiguar la naturaleza de los cambios ocurridos en el orden social antes que en el orden genealógico. En la evolución de la Somalia contemporánea existen dos hitos históricos principales: 1) la comercialización de la economía de subsistencia, y particularmente del ganado, columna vertebral material de la forma de vida tradicional; y 2) la imposición de un Estado colonial en una estructura social descentralizada, y la creación de nódulos de poder democráticos post-pastorales. Es en la articulación de formas de Estado y transformaciones económicas donde se puede entender mejor la situación actual.

¹³Abdi I. Samatar: *The State and Rural transformation in Northern Somalia, 1884-1986*, Madison, 1989; y «Social Classes and Economic Restructuring in Pastoral Africa: Somali notes» en *African Studies Review* N° 35, Atlanta 1992, pp. 101-27.

¹⁴Cf. Andrew Sayer: *Methods in Social Science: a realist approach*, Londres, 1984.

Economía familiar

El primer paso de la tarea es redefinir el «pastoralismo», ese término histórica y analíticamente impreciso empleado por muchos autores para definir a los individuos y comunidades, que viven de la cría de ganado en regiones semiáridas del Tercer Mundo¹⁵.

Es necesario recalcar que la naturaleza de un sistema social no se define por los instrumentos o métodos usados por los productores, sino más bien por las relaciones establecidas por varios grupos para producir y reproducir el orden social existente. Por consiguiente, el pastoralismo es un método de producción de ganado que puede existir en una amplia variedad de condiciones históricas. Por ejemplo, el «pastoralismo comunitario» es un sistema social en el que predomina la producción de valores de uso, mientras que el «pastoralismo capitalista periférico» implica también la creación de valores de cambio. En este último caso, las actividades de pastoreo se vuelven vitales para la reproducción de una constelación social más grande, de la cual los productores son una parte. La sociedad somalí pre-colonial era apátrida en carácter, pues carecía de cualquier jerarquía institucionalizada. Todos los miembros adultos se ocupaban del principal modo de producción, el «pastoralismo comunitario», en el cual no existían las formas de opresión asociadas con las sociedades de clases, aunque según lo confirmó un estudio reciente, la explotación de fondo sexual era un rasgo característico¹⁶.

Al integrarse la economía somalí al sistema capitalista global, la transición de un orden social a otro ocasionó la modificación de las anteriores relaciones de clase y propiedad. Lo que está emergiendo ahora lleva el sello de la nueva era, aunque conservando aspectos del antiguo régimen. La estructura social de la Somalia contemporánea todavía está en transición, pero anuncia claramente el final de la organización social precapitalista de base comunal, con un nuevo orden social, capitalismo periférico, cualitativamente diferente de su predecesor precolonial. El pastoralismo contemporáneo no sólo mantiene a los productores, sino también a dos grupos sociales adicionales y predominantes: los comerciantes y la élite estatal. Si bien el pastoralismo precolonial no estaba aislado del mundo mercantil¹⁷, éste sólo tenía una influencia marginal sobre la reproducción de la vida cotidiana; pero a lo largo del siglo pasado las nuevas relaciones entre los pastores, los comerciantes y

¹⁵V. Abdi Samatar: «Social Classes and Economic Restructuring in Pastoral Africa», pp. 105-8.

¹⁶Ledwein Kapteijns: «Women and the Crisis of Communal Identity» en Ahmed. I Samatar, Kapteijns, y Abdi I. Samatar (eds.): *The Somali Crucible: class, gender and clan*, en prensa.

¹⁷Richard Pankhurst: «The Trade of the Gulf of Aden Ports of Africa in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries» en *Journal of Ethiopian Studies* 3/1, Addis Abeba, 1965, pp. 36-83.

el Estado entrañaron el surgimiento de relaciones sociales diferentes y la desaparición del comunitarismo. En los últimos 15 años ha habido un conflicto permanente entre los que controlan el Estado y los miembros de la clase comerciante, quienes alegan que ellos son los legítimos propietarios del «excedente» generado por los productores-pastores. Dispersos éstos por todo el país y en la Ogaden, es posible que hayan sido sometidos uniformemente a la extracción de excedentes, independientemente de sus estirpes. En otras palabras, si los productores pastoriles eran la base de la «tradición» somalí, el conflicto por la apropiación de sus excedentes no se originó en el área rural.

La comercialización del ganado y el subsecuente surgimiento de una clase de «red amantes» no productores ha generado un nuevo orden social, preñado de un tipo diferente de discordia, aunque ese conflicto se articule en el lenguaje del parentesco. El orden social comunitario, basado en la producción de ganado y gobernado por los principios del Xeer, así como por los requerimientos de la familia en un medio ambiente marginal, dejó de existir. Lo suplantó una economía en la que manda la competencia por el acceso a los bienes materiales, el consumo de mercancías por encima de las capacidades productivas de cada uno y la acumulación de riqueza en los centros urbanos. El ethos y los requisitos reproductivos de este orden comercial comenzaron a minar la efectividad de las reglas del parentesco.

Política pastoril

La imposición de un Estado en el antiguo orden somalí minó también las prácticas pastoriles democráticas y tuvo repercusiones letales y de largo alcance. Uno de los legados del régimen colonial fue el descuido y la comercialización del pastoralismo y de la agricultura campesina, así como la ausencia de cualquier tipo de empresas productivas nuevas y vigorosas. En el contexto de una economía empobrecida, grupos sociales pequeños pero de rápido crecimiento involucrados en el comercio, así como también empleados públicos, reclamaron la independencia de Somalia en los años 50, y así surgió la República somalí, de la unión de la Somalia italiana y la británica, el 1° de julio de 1960. Tanto en el sector público como en el privado el liderazgo estaba en manos de un grupo de somalíes que tenía poca experiencia en asuntos de ganado y/o agricultura campesina, para no hablar de mucha vinculación con cualquiera de esas actividades. Lo que es más, este grupo estaba abrumadoramente desprovisto de aptitudes para planificar e implementar una estrategia de desarrollo exitosa.

El nuevo régimen heredó una economía anémica, un déficit presupuestario cada vez más grande, un sistema político multipartidista, una población urbana en aumento y desvinculada de la labor productiva y una lucha creciente por los recursos entre los grupos sociales dominantes. El déficit se resolvió de momento con una combinación de recortes presupuestarios y subsidios de las antiguas potencias coloniales. Pero fue mucho más difícil lidiar con la economía prácticamente estancada y la falta de vías más estables para la creación de empleos. Como el país no producía un excedente que se pudiera reinvertir para expandir la base productiva, fue preciso obtener los recursos de otras fuentes. Nuevamente esos recursos vinieron de allende los mares, en forma de empréstitos y subvenciones sujetos a programas particulares que poco favorecían las actividades de pastoreo y agricultura campesina, de las que dependía la mayoría de los somalíes, y que no promovían el surgimiento de nuevas empresas productivas.

El fracaso de esta estrategia de desarrollo, que no estimuló el progreso de los sectores tradicionales ni creó nuevas formas internas de acumulación, convirtió al Estado en la fuente de recursos más lucrativa. La rivalidad por esos recursos entre la élite fue lo que finalmente condujo a la degeneración de los principales partidos políticos y a la desaparición del gobierno parlamentario. Las dos organizaciones que dominaban la escena política para el momento de la independencia, el Somali Youth League (SYL) y el Somali National League (SNL) compartían la misma visión ideológica y filosófica del Estado y del desarrollo económico. En las elecciones de 1964, 24 partidos políticos lanzaron 793 candidatos para ocupar los 123 escaños del Congreso; cinco años después el número de partidos había aumentado a 62, y el de candidatos a 1.002¹⁸.

Lewis vio esa fragmentación creciente de la política nacional como un resurgimiento del particularismo tradicional: «Por lo tanto, más que el tribalismo es el «clanship», en el sentido técnico, el que impone lealtades y frustra el logro de muchas cosas que son de interés nacional»¹⁹. Pero no se debería confundir la tradición del parentesco de la Somalia precolonial con los lazos sanguíneos desatados: en la antigua tradición los líderes no tenían recursos públicos por los que competir y a los que pudieran saquear, y en sí misma la naturaleza de las adjudicaciones hechas bajo ese régimen difería cualitativamente del orden moderno. La fuerza moral del Xeer, y las condiciones materialmente restrictivas de la economía familiar, no eran

¹⁸Esta sección se remite en gran parte al capítulo 4 de mi libro *The State and Rural transformation in Northern Somalia*.

¹⁹I. M. Lewis: «The Politics of the 1969 Somali Coup» en *The Journal of Modern African Studies* 10/3, Cambridge, 10/1972, p. 386.

operativas en el nuevo reparto, y por lo tanto éste tenía poco que ver con la tradición.

La naturaleza competitiva y carente de Xeer del sistema social post-colonial convirtió a las rentas públicas, incluyendo la ayuda extranjera, en el botín en disputa de una economía estancada. En otras palabras, los primeros en llegar en esta carrera podían premiarse a sí mismos y a sus clientes. La competencia por los cargos públicos lucrativos desató una lucha feroz y despiadada dentro de la élite pequeño burguesa. Esta se fragmentó entonces en unidades lo más pequeñas posible, los individuos, quienes minaron el proyecto común de esta clase emergente - la creación de un medio ambiente político estable y una economía en crecimiento - y se enredaron a sí mismos y al pueblo somalí en una rivalidad estéril. El Estado, que en las sociedades capitalistas desarrolladas es el mediador de los conflictos entre los grupos sociales en competencia, era aquí simultáneamente el objeto y el premio de la contienda.

La principal vía de acceso a los recursos del Estado era convertirse en representante electo o, todavía mejor, en ministro, lo que ayuda mucho a explicar la proliferación de partidos políticos y candidatos en las elecciones de 1964 y 1969. Los intentos del primer ministro para evitar una mayor fragmentación del proceso político no dieron resultado, principalmente debido a la opinión generalizada de que las contiendas electorales cercanas eran simplemente por la «privatización» de la munificencia estatal - de hecho muchos funcionarios públicos importantes renunciaron a sus cargos para entrar al juego electoral. La proliferación de partidos políticos fue un producto de ese proceso, y en ausencia de diferencias filosóficas entre la élite, los partidos usaron colectivamente al clanismo para distinguir un candidato de otro.

La eficacia de los vínculos de sanguíneos para movilizar a los votantes tenía sus límites, porque la competencia era intensa incluso dentro de los grupos consanguíneos. Por ejemplo, como muchas personas se dieron cuenta de que esos ejercicios de pluralismo elitesco no tenían nada que ofrecerle al país, se volvió parte de la norma el que los candidatos tuvieran que pagar por la mayoría de los gastos personales en que incurrían los votantes, incluyendo el tiempo empleado para ir a los lugares de votación. En muchos casos, si no en todos, la apelación a los vínculos consanguíneos tuvo que ser complementada con la distribución de dinero efectivo a individuos influyentes, sobre todo durante los últimos días de la campaña.

En las elecciones de 1969 resultó vencedor el Somali Youth League, con 73 de los 123 escaños. Sin embargo, en cuanto se anunciaron los resultados, desaparecieron virtualmente todas las supuestas diferencias entre los partidos políticos, y comenzó una competencia febril entre aquellos miembros de la Asamblea Nacional que querían recuperar lo que habían desembolsado y mucho más. La mejor manera de hacerlo era conseguir acceso a las cámaras centrales del poder estatal, lo que ayuda a entender la rapidez con que todos los que estaban en la «oposición», exceptuando al anterior primer ministro, Abdirazak Hadji Hussein, «se pasaron al otro lado» y se unieron al partido gobernante.

Para decirlo en pocas palabras, esta incesante cacería y disputa de los recursos transformó velozmente lo que para muchos comentaristas políticos de la época era una sociedad democrática prometedor, en uno de los Estados unipartidistas de Africa. Dado lo caro que resultaba hacer campaña por un curul parlamentario, la camarilla gobernante estaba perfectamente consciente de su creciente influencia sobre los futuros candidatos a cargos públicos importantes. Pero aun así, como las rentas públicas que se podían usar para lograr el apoyo político eran muy limitadas, siempre había la posibilidad de que hubiera suficientes miembros descontentos como para hacer caer al gobierno, tal como sucedió en 1964 y 1967. Por consiguiente, era imperativo introducir cambios importantes en el proceso político para evitar que el sistema se devorara asimismo. En esencia, esos cambios se tradujeron en desechar la parafernalia «democrática», cuando no la electoral, e imponer en la sociedad somalí una dictadura de la pequeña burguesía que requirió el apoyo de las fuerzas armadas.

Poco después de las elecciones, el primer ministro realizó viajes de inspección muy bien publicitados a los cuarteles generales en Mogadishu y, según se dice, planeaba enviar algunos oficiales superiores a recibir entrenamiento en la Unión Soviética y/o forzarlos a retiro, para poder sustituirlos por sus propios hombres. Este plan fue abortado por el asesinato del presidente Abdi Rashid Ali Shermarke en octubre de 1969, y la subsiguiente reyerta entre miembros del partido y la Asamblea Nacional, que permitió al ejército entrar en escena y poner fin al caos. Lo que la opinión pública encontró atrayente de inmediato fue la suspensión de los proliferantes partidos políticos por parte del Consejo Supremo Revolucionario (CSR), seguida de la privatización de los recursos públicos. Lo que poca gente sabía en ese momento era que el general Mohamed Siyad Barre había participado en el reparto del antiguo botín, y que sus programas socialistas de estilo soviético tenían poco que ver con las tradiciones ligadas al Xeer que existían en el pasado.

Aunque el CSR comenzó a perder popularidad rápidamente, en apariencia no había nada que desafiara a Siyad Barre y su Junta, a excepción de un supuesto «golpe de palacio» en julio de 1972. Pero la reputación del régimen militar quedó hecha trizas con la derrota de las tropas somalíes en la Ogaden en 1977-78, y eso volvió a encender la rivalidad política entre los miembros de la élite, muchos de los cuales eran funcionarios importantes de la administración Barre. Esta vez la lucha por el poder fue más devastadora, pues tanto el gobierno como la oposición tendieron a usar las balas, antes que las urnas electorales y los sobornos, para retener o ganar el acceso a los recursos del Estado. La partida de los soviéticos desacreditó la retórica del socialismo científico, y para finales de la década el régimen había dado un viraje hacia el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, previniendo así cualquier posible uso de esa ideología por parte de la oposición.

Para ese entonces aquéllos que se encontraban dentro y fuera del poder tenían, irónicamente, «programas económicos» similares, y los recursos del Estado se estaban malversando en un grado impresionante. Sabiendo que este régimen no tenía oportunidad de ganar una elección democrática y limpia, el presidente recurrió abiertamente a la represión brutal y a la persecución de cualquier posible opositor. Después de efectuar una purga en el ejército y de nombrar partidarios del gobierno y miembros cercanos de su familia para todas las posiciones claves, usó los cargos de la administración pública y los fondos del Estado para recompensar o para castigar a otros miembros oportunistas de la élite. Siyad Barre y sus clientes profanaron el nacionalismo somalí y abandonaron el requerimiento de legitimación popular para dedicarse a manufacturar una base de apoyo a través de los lazos sanguíneos y la opresión política.

La destrucción del Estado como instrumento para resguardar la seguridad del ciudadano común, y el castigo colectivo de las comunidades consideradas desleales, dejó un vacío institucional en el país. En lugar de proteger a la ciudadanía, el Estado se convirtió en un depredador arbitrario e impredecible al que había que temer. Lamentablemente, aunque no fue ninguna sorpresa, la oposición no llenó el vacío ni le ofreció al pueblo somalí una visión alternativa de un futuro mejor y alcanzable. Los opositores imitaron a «Siad, el maestro» (como llamaban desdeñosamente al dictador muchos somalíes) y también se apoyaron en los vínculos consanguíneos como su principal salvaguarda organizacional. La consecuente fragmentación de la oposición perpetuó el régimen en el poder por otra década. El terror a los militares, el colapso de la ley y el orden público y la fragmentación de la oposición forzó al ciudadano común a buscar protección en el fantasma de la tradición pre-colonial del parentesco, el clan.

La colonización del Estado por los partidarios del gobierno cuyo único propósito era mantenerse en el poder para apoderarse de los bienes públicos, condujo al surgimiento de nódulos localizados de poder coercitivo, a la declinación abrupta de la autoridad central y, finalmente, a la inhabilitación de la última fuente de poder, los militares. El «éxito» total de la estrategia de divide y vencerás, aplicada por el régimen a través de los vínculos consanguíneos, se devoró a sí misma y condujo con ello al colapso total de la autoridad gubernamental.

La «segunda venida» de la independencia después de la caída del régimen militar no se materializó. El miope oportunismo de los dirigentes de la oposición los llevó a enfrascarse en una lucha ciega por los pocos despojos del Estado²⁰. El caos que reinó en los días finales del gobierno, cuando el Congreso Somalí Unido (CSU) - uno de los bandos opositores del Sur del país - ejecutó su ataque final al palacio presidencial, presagió el desastre final de la caída en una salvaje guerra civil. Visto en retrospectiva, el propósito del CSU parece haber sido la expulsión de Siad Barre, sin tener planes concienzudos para restaurar la capacidad institucional del Estado y restablecer la paz civil. Después de haber distribuido armas a diestra y siniestra entre partidarios indisciplinados y carentes de entrenamiento, y sin un programa de contingencia para la renovación y la reconstrucción, Siad Barre fue derrotado temporalmente, el CSU se declaró vencedor en enero de 1991, y Ali Mahdi fue nombrado presidente arbitrariamente.

Los jóvenes «vigilantes» que habían recibido armas del CSU comenzaron a saquear las propiedades públicas y privadas y a dos meses de la partida de Barre habían acabado con más vidas y propiedades que el régimen militar en 20 años. Los personajes importantes del CSU carecían de poder para controlar a la misma gente que habían armado. Los saqueadores le decían a muchas personas, cuyas casas habían ocupado, «Ana Xoreestey», lo que significa literalmente «la liberé para mí mismo».

Con la destrucción del centro coordinador de la administración a nivel nacional, todos los movimientos de oposición reclamaron la autoridad suprema sobre sus supuestas «áreas nativas», completando así el desmembramiento del Estado. Cada jefe militar soñaba con reemplazar a Siyad Barre, y como sólo podía haber un asiento del poder central en un país unitario, sobrevinieron conflictos intra-facciones que rememoraron los presenciados en las encarnizadas elecciones de 1969, aunque eran mucho más letales. Este proceso dejó al país fracturado e instigó un

²⁰Cf. Los versos proféticos narrados en 1972 por el poeta y crítico social Mohamed Warsame Hasrawi: «Hal Laqaley Raqdeeda Lagu So Qamamoo». Este canto describe a la nación como una camella sacrificada; todos los buitres arrebatan partes del cadáver en medio de la confusión.

odio basado en los vínculos consanguíneos sin ningún precedente en los anales de la historia somalí.

Cuando cada uno de los poderosos trata de dar alcance y debilitar a sus oponentes, se destruye el tejido social al igual que la infraestructura física fundamental para la existencia. La incapacidad de los jefes de las facciones para controlar a sus indisciplinadas milicias convirtió a «las tropas» en bandas errantes cuya única ética es saquear, violar, mutilar y destruir. Como consecuencia, entre un tercio y la mitad de la población somalí está en grave peligro de morir de inanición por causa de esa destrucción perfectamente evitable. Mientras el pueblo perece, los jefes militares mantienen fuera de la escena a las Naciones Unidas y otras organizaciones de socorro por temor a que sus enemigos puedan ganar su apoyo y reconocimiento.

Además de la imperdonable e imborrable crueldad de los caudillos militares del Sur, en el Norte el Movimiento Nacional Somalí (SNM) ha gastado más de 60.000 dólares contratando a una empresa consultora de Estados Unidos para que trate de convencer a la comunidad internacional de que los habitantes originales de la antigua Somalia británica eran todos miembros del clan Isaaq, y que «su territorio» tiene derechos históricos a la soberanía y por lo tanto al estatus de nación²¹. El parentesco no es el culpable

Los académicos y periodistas tradicionalistas tienden a confundir los lazos consanguíneos y sus formas politizadas con el parentesco precolonial. De acuerdo con David Laitin y Said Samatar: «Por años los eminentes antropólogos europeos Enrico Cerulli y I. M. Lewis nos han estado diciendo que para comprender la política de Somalia es necesario comprender los vínculos somalíes de clan y parentesco. Su tesis ha estado sometida a críticas constantes, especialmente por parte de historiadores y políticos nacionalistas ansiosos de estimular un sentido de lealtad nacional, antes que tribal, en la entidad política somalí. Sin embargo, la historia política de la Somalia independiente deja dolorosamente en claro la relevancia del argumento de Lewis y Cerulli»²².

Es a la confusión que rodea el uso de esos términos a lo que se refería un docto clérigo somalí, Aw Jama Omer Issa, cuando observó: «el parentesco ha muerto, el sentimiento de humanidad ha muerto, la barbarie está aquí»²³. Aquellos que desean demostrar que la tradición somalí es la principal fuente de la calamidad actual deben revelar la complejidad y las relaciones causales dentro del sistema de la tradi-

²¹ B. Rajagopal y A. J. Carroll: The Case for the Independent Statehood of Somaliland, Washington DC, 27/5/1992.

²²Samatar y Laitin: op. cit., p. 155. Para una opinión opuesta sobre el clanismo. v. Vail (ed.): op. cit.

ción, para establecer la lógica y la tendencia de ese proceso. Citar la estructura de estirpes y su forma contemporánea politizada, el clanismo, como la causa de la devastación reinante, y repetir luego esos alegatos muchas veces, no brinda una explicación suficiente de la catástrofe somalí.

Extraer arbitrariamente los vínculos de consanguinidad del abundante y complejo tejido social del que sólo era una pequeña parte, simplemente complace el oportunismo de las élites y el racismo eurocéntrico. La pregunta esencial que tienen que responder los tradicionalistas si quieren evitar una explicación «genética» es la siguiente: ¿qué hace que los vínculos consanguíneos somalíes sean diferentes de los que existen en cualquier otra comunidad humana? De hecho, en la historia de Somalia no existe ningún precedente, y por lo tanto tampoco ninguna tradición, de un pequeño grupo de hombres perversos que domina y trata brutalmente al resto de la población usando el parentesco como instrumento de organización y legitimación. En el pasado el respeto a los líderes era voluntario y por lo tanto éstos tenían que ganárselo: aquéllos que quebrantaban los principios de los dos pilares de la cultura precolonial, el Xeer y el Islam, perdían automáticamente el respeto y adhesión de su grupo. En ausencia de estructuras burocráticas institucionalizadas y de dadivosidad estatal, un individuo tiránico quedaba aislado e inhabilitado por las limitaciones establecidas en la economía política.

La importancia de la economía familiar en la vida social de la Somalia precolonial se apoyaba, al menos en gran parte, en el hecho de que eran muy pocos los que no estaban ocupados en una actividad productiva, y esos ciertamente no dominaban los asuntos de la comunidad. De hecho, los que no producían, y por lo tanto no eran capaces de proveer para su familia, no tenían ningún prestigio en la comunidad, y mucho menos la capacidad de imponer alguna autoridad. En otras palabras, para cualquier posición de liderazgo era imprescindible ser un administrador de ganados competente o un buen campesino.

Las estructuras de control y equilibrio presentes en esa antigua tradición somalí se atrofiaron con la imposición del régimen colonial, el establecimiento del Estado y sus leyes concomitantes, la comercialización de la economía y la generación de excedente, el surgimiento de una nueva clase de somalíes desligados de las labores productivas, la disponibilidad de recursos «comunes» controlados por el régimen y el advenimiento de la política competitiva. De esta forma, fue el ocaso abrupto del papel restrictivo que desempeñaba la economía familiar en los asuntos de la comunidad, al igual que el ascenso de una minoría influyente, con un dominio de la

maquinaria del Estado que la «liberaba» de las reglas del Xeer y de los valores del Islam, lo que condujo a la institucionalización de la política sangrienta.

Los métodos oportunistas con que esos grupos e individuos han reunido el apoyo necesario para obtener o retener el acceso a los recursos públicos terminó por destruir la propia institución de los huecos de oro. El vacío que siguió al colapso del Estado condujo a una rebatiña en la cual cada facción ensamblaba una estructura temporal tipo bantustán. La ironía es que el oportunismo no reconoce fronteras cuando se intensifica la lucha por el dominio entre los grupos. Los trágicos acontecimientos en Mogadiscio desde la derrota del régimen de Siyad Barre, y los combates del Movimiento Nacional Somalí en Burao y Berbera en la región del Norte, son claras manifestaciones de la naturaleza del infierno infinito en que han caído millones de somalíes.

A medida que prolifera la rivalidad entre los bandos, que declina la capacidad de los jefes para proveer a sus clientes, y que desaparecen todas las normas públicas de civismo y respeto por la vida ajena, se fusionan simplemente la paranoia social y la individual. Así, a pesar del supuesto poder de la fidelidad a los vínculos consanguíneos, la ley de la selva, todos contra todos, se convierte en soberana. Esta es la barbarie de la que hablaban Aw Jama Omer Issa y Ahmed Samatar.

La lección más importante que se puede aprender de la tragedia actual es reconocer que la sociedad somalí fue desgarrada porque la élite manipuló vínculos consanguíneos sin Xeer, para obtener o conservar el acceso a recursos que no se había ganado legítimamente. La base fundamental de la justicia social precolonial era la dependencia de la familia de sus propios recursos, unida a los controles del sistema para los que deseaban apropiarse de los recursos de otros. Esto no es un llamamiento a regresar a una tradición ya muerta, sino un razonamiento sobre la necesidad de trabajar por un futuro diferente, donde la seguridad y dignidad de cada ciudadano sea el precepto principal de las leyes del país.

La difícil tarea de la reconstrucción tiene dos componentes: 1) crear una economía en la cual los recursos productivos estén ampliamente distribuidos y canalizados hacia la inversión productiva; 2) confeccionar cuidadosamente un orden político que sea responsable ante la ciudadanía, representativo y diligente, y que no permita la apropiación particular de los recursos públicos. Los «señores de la guerra» que dominaron el país, y sus movimientos asociados, no tienen ni la visión ni la capacidad para encargarse de un proyecto tan trascendental. En ausencia de una entidad autóctona organizada que pueda instaurar la paz y llevar adelante una agen-

da semejante en el futuro inmediato, el pueblo somalí debe confiar en la comunidad internacional para que lo salve de los horrores y el salvajismo del fascismo pequeño burgués ²⁴.

Referencias

- *Samatar, Ahmed I., CONFERENCIA SOBRE EL DESAFIO SOMALI: PAZ, RECURSOS Y RECONSTRUCCION. - Ginebra, Suiza. 1992; Hizkas, Asfa -- The Curse of Allah: civic disembowelment and the collapse of the state in Somalia.
- *Perlez, Jane, THE NEW YORK TIMES-PRENSA. - 1992; Samatar, Ahmed I.; Kapteijns, Ledwein; Samatar, Abdi I. -- Somalia: a nation in turmoil.
- *Samatar, Said S., MINORITY RIGHTS REPORT. p9, 10, 13 - Londres, Inglaterra. 1991; The Ogaden and the Fragility of Somali Segmentary Nationalism.
- *Lewis, I. M., SEGMENTARY NATIONALISM AND THE CHALLENGE OF THE SOMALI STATE. - 1992; Under Siege: blood, power, and the Somali state.
- *Burton, Richard, FIRST FOOTSTEP IN EAST AFRICA (1856). - Londres, Inglaterra. 1966; Social Classes and Economic Restructuring in Pastoral Africa: Somali notes.
- *Laitin, David; Samatar, Said, SOMALIA: A NATION IN SEARCH OF A STATE. 2. p29, 155 - Londres, Inglaterra, Boulder. 1987; Women and the Crisis of Communal Identity.
- *Wade, Robert, GOVERNING THE MARKET: ECONOMIC THEORY AND THE ROLE OF GOVERNMENT IN EAST ASIAN INDUSTRIALIZATION. - Princeton, EEUU. 1991; The Trade of the Gulf of Aden Ports of Africa in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries.
- *Thompson, E. P., THE POVERTY OF THEORY AND OTHER ESSAYS. - Nueva York, EEUU. 1978; The Politics of the 1969 Somali Coup.
- *Giddens, Anthony, CENTRAL PROBLEMS IN SOCIAL THEORY: ACTION, STRUCTURE AND CONTRADICTIONS IN SOCIAL ANALYSIS. - Londres, Inglaterra. 1979;
- *Cloke, Paul; Philo, Chris; Sadler, David, APPROACHING HUMAN GEOGRAPHY: AND INTRODUCTION TO CONTEMPORARY DEBATES. 4 - Nueva York, EEUU. 1991;
- *Lewis, I. M., AFRICAN AFFAIRS. 88/353. p574 - Londres, Inglaterra. 1989;
- *Vail, Leriy, THE CREATION OF TRIBALISM IN SOUTHERN AFRICA. - Londres, Inglaterra. 1989;
- *Vail, Leriy, THE CREATION OF TRIBALISM IN SOUTHERN AFRICA. - Berkeley, EEUU. 1989;
- *Samatar, Ahmed I., CONFLICT AND CONFLICT RESOLUTION IN THE HORN OF AFRICA. p9 - Washington DC, EEUU. 1993;
- *Samatar, Abdi I., THE STATE AND RURAL TRANSFORMATION IN NORTHERN SOMALIA, 1884-1986. - Madison, EEUU. 1989;
- *Samatar, Abdi I., AFRICAN STUDIES REVIEW. 35. p101-127 - Atlanta, EEUU. 1992;

²⁴Compárese Nicos Poulantzas: Fascism and Dictatorship: the Third International and the problem of fascism, Londres, 1979; v. igualmente Mahmoud Mamdani: Imperialism and Fascism in Uganda, Nairobi, 1983.

- *Sayer, Andrew, METHODS IN SOCIAL SCIENCE: A REALIST APPROACH. - Londres, Inglaterra. 1984;
- *Samatar, Abdi, SOCIAL CLASSES AND ECONOMIC RESTRUCTURING IN PASTORAL AFRICA. p105-108 - 1992;
- *Kapteijns, Ledwein, THE SOMALI CRUCIBLE: CLASS, GENDER AND CLAN. - Addis Abeba. 1965;
- *Pankhurst, Richard, JOURNAL OF ETHIOPIAN STUDIES. 3/1. p36-83 - Cambridge. 1972;
- *Lewis, I. M., THE JOURNAL OF MODERN AFRICAN STUDIES. 10/3. p386 - Washington DC, EEUU. 1992;
- *Rajagopal, B.; Carroll, A. J., THE CASE FOR THE INDEPENDENT STATEHOOD OF SOMALILAND. -
- *Poulantzas, Nicos, FASCISM AND DICTATORSHIP: THE THIRD INTERNATIONAL AND THE PROBLEM OF FASCISM.
- *Mamdani, Mahmoud, IMPERIALISM AND FASCISM IN UGANDA. - Londres, Inglaterra. 1979; Nairobi. 1983;